



Rosario Robles

De la reforma petrolera

En esta lucha por las percepciones (en eso se ha convertido la política en los últimos tiempos), no importa la verdad sino lo que se logre acreditar ante el imaginario colectivo. De ahí la estrategia de los artífices de las iniciativas recientemente aprobadas en el Senado en el sentido de calificar la reforma petrolera como la de mayor envergadura histórica después de la expropiación petrolera de 1938. Dicha postura es evidentemente un despropósito, pues de ninguna manera puede equipararse aquella gesta histórica que involucró al gobierno y al pueblo entero con las medidas tomadas por los senadores que, es cierto, en algunos aspectos fortalecen a la paraestatal petrolera, pero que de ninguna manera tiene el rango de lo sucedido durante el periodo cardenista. Pero en este juego no importa lo que realmente aconteció, sino el vender como triunfo gubernamental una reforma que lejos está de ser la propuesta calderonista. Porque una era la iniciativa que se pretendía fuera aprobada a principios del año a

través de un *albazo* legislativo y otra, muy diferente, es la que se zanjó el jueves pasado. Y en eso hay que ser justos. La estrategia impulsada en aquel momento por López Obrador (incluida la toma de la tribuna) frenó la intención privatizadora que sí estaba presente en el proyecto del gobierno y que, por lo menos en aquel momento, no contaba todavía claramente con la oposición priista. Esta circunstancia (costosa, sin duda, para el PRD pero exitosa en términos de impedir una aprobación al vapor) abrió la puerta al amplio debate que se dio en el Senado, y también a la presentación de la iniciativa del PRI (en la que tuvo que hacer énfasis en su negativa a la privatización) y, particularmente, la del FAP que contó con la participación de expertos de reconocido aval. Cuauhtémoc Cárdenas jugó también un papel central, pues sin estridencias pero con absoluta autoridad

moral colocó en la mesa los ejes sustantivos sobre los que debería girar dicha reforma, que por lo demás siempre sostuvo era necesaria pero sin menoscabo

Una era la iniciativa que se pretendía fuera aprobada a principios del año a través de un *albazo* legislativo y otra, muy diferente, es la que se solventó el jueves pasado

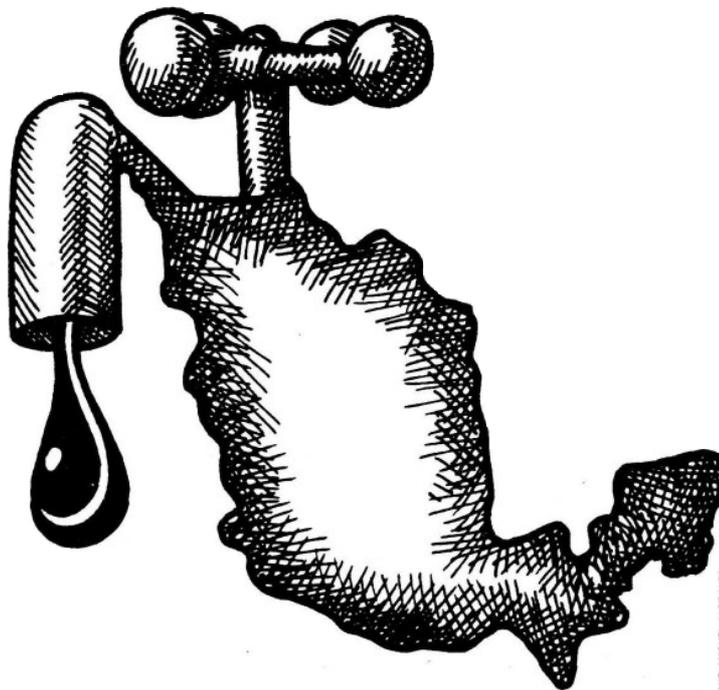


alguno de la soberanía y la seguridad nacionales.

Fue esta combinación de factores (la movilización social, la incorporación de una propuesta sólida, y la intervención de actores políticos con credibilidad nacional) lo que permitió que los senadores perredistas encontraran el espacio para asumir una postura constructiva y ejercieran su condición de segunda fuerza. Sin embargo, esta amalgama que dio resultados tan trascendentes como frenar el propósito privatizador en la exploración, refinación y distribución del petróleo, se convirtió en algo más que un desencuentro cuando López Obrador decidió no avalar la reforma y continuar con el movimiento de resistencia. Esto que parece una incongruencia adquiere sentido, sin embargo, si se asume que la lógica del tabasqueño tiene que ver con algo más que la defensa del petróleo, pues está directamente ligada a su personalísima estrategia. Y para ello encontró un resquicio (en la omisión señalada inicialmente no por él sino por Cuauhtémoc Cárdenas) en el sentido de que la asignación para un solo contratista de bloques o áreas exclusivas puede significar una rendija para la participación de particulares sin un adecuado control de la empresa. Esto le dio el argumento para continuar con su movimiento, sin entender que es el momento de reconocer los avances y reformular el plan de acción. Porque es un hecho que importantes propuestas de la izquierda fueron incorporadas como la autonomía presupuestal y de gestión de Pemex, la eliminación de la obligación de contratar deuda bajo el esquema

de Pidiregas, quitar la tutela de Hacienda, así como el hecho de que se asuma como una empresa con la flexibilidad para ejecutar obra pública y tener un sistema de adquisiciones sin estar sujeta a criterios ajenos a la eficiencia. Pero lejos de asumirlo como un triunfo y de desplegar nuevas estrategias para supervisar el aspecto que se ha señalado como crítico, López Obrador decidió tirar al niño con todo y la bañera. Y por paradójico que parezca en su postura no hay incongruencia, pues en su lógica lo único que impera es la necesidad de construirse una plataforma para la elección presidencial de 2012. No importa que en el camino se destruya a la izquierda y al PRD. ■ M

rrobles@mileniodiario.com.mx



LUIS MIGUEL MORALES